



Pasolini, un mito italiano

Por Arístides O'Farrill

Hay personas y sucesos históricos que el tiempo y el imaginario colectivo suelen bifurcar en su memoria, transmutándolos en mitos. Puede suceder lo mismo a nivel del microcosmos personal. Entonces vemos cómo la imagen de una realidad o de alguien que conocemos objetivamente, se puede distorsionar, mitificar, y en este afán se deja a un lado, incluso, documentos o testimonios, llegando muchas veces a transformar una mentira en verdad.

A mi juicio, uno de los rasgos más llamativos y positivos de la imprecisa era posmoderna que vivimos es su distanciamiento de los meta-relatos. Pues acentúa que muchas personalidades magnificadas por la historia o por grupos humanos, fueron personas de carne y hueso como nosotros, y aunque muchos superarán nuestra media, ninguno fue tan excepcional como para convertirse en una especie de ídolo.

Sin embargo, cuando la era épica parecía terminada, de esta misma posmodernidad resurgen nuevas mitificaciones. Personajes que parecían tener su justo lugar en la historia ahora ocupan los antiguos pedestales, pero en este caso a diferencia de antaño en que los pedestales eran (casi siempre) ocupados por figuras que aún en sus comprobados defectos habían contribuido al bien de la humanidad, hoy son a menudo sustituidas por entes marginales, o por personas con vida y obra más que controversiales. El cine no ha sido ajeno a esta nueva sacralización, tómese como botón de muestra- tal vez extremo- el intento de convertir al marqués de Sade en un mártir por la libertad en el film *Quills* (2000, Phillip Kaufman).

Pier Paolo Pasolini, el fallecido realizador italiano, parece destinado a ser de esos mitos refundados. Así el pasado año, al cumplirse 30 años de su asesinato, se han multiplicado los homenajes y artículos laudatorios en varios sitios de nuestro universo. La intelectualidad cubana no ha quedado ajena a estos homenajes y en el pasado vigésimoséptimo Festival del Nuevo Cine Latinoamericano se le dedicó la más amplia retrospectiva de su obra cinematográfica que haya conocido nuestro país. Mientras que publicaciones como *Nuevo Cine Latinoamericano* y *La Gaceta de Cuba*, sobre todo esta última, le dedicaban abultados dossier. En teatro, Carlos Celdrán montó la elegiaca *Vida y muerte de Pier Paolo Pasolini*. Gran paradoja, pues para muchos, estos homenajes deben haber constituido una gran sorpresa o causado estupor, pues si algún realizador italiano importante es desconocido en Cuba es Pasolini. De su obra cinematográfica sólo se exhibieron sus dos primeras películas -que bastante controversias causaron en su momento-, mientras el resto de su obra sufrió una rigurosa censura hasta fines de los 90 y aún hoy únicamente el cinéfilo contumaz ha podido apreciarla. Entonces se impone una breve reseña.

Pasolini, el hombre

Pasolini nació el 22 de marzo de 1922 en Bolonia. A fines de los años 50 comenzó a destacarse en los ambientes literarios italianos, sobre todo por su poesía, la cual ha sido considerada entre lo mejor del siglo XX. Vinculado desde joven al Partido Comunista, fue arrestado por los nazis en 1943, por pertenecer a este, del cual fue expulsado en 1949, por inmoralidad sexual (mantenía relaciones sexuales con un alumno menor de edad). Pese a esto, continuó considerándose marxista hasta su muerte y en muchos de sus famosos e incendiarios escritos políticos (años 60-70) fustigó tanto a la Democracia Cristiana en el poder como al propio Partido Comunista en la oposición, culpándoles de una destrucción inminente del Estado Italiano y de la democracia en el país, pues consideraba que sólo de los suburbios podría venir una nueva Italia.

Al cine se vinculó tardíamente, cuando ya era un escritor reconocido, comenzando como guionista de reconocidos realizadores italianos del momento, como Mauro Bolognini o Mario Soldati. Incluso, aunque no aparece en los créditos fue uno de los responsables de la escritura del guión de *Las noches de Cabiria*, la inmortal pieza que en 1957 dirigiera Federico Fellini. Mientras tanto, se mantuvo ligado a los ambientes de los jóvenes marginales por los cuales se interesó y a los que dedicó varias famosas novelas, entre ellas *Una Vitta Violenta*. Inspirado en esta pieza literaria y con actores sacados de los suburbios romanos debuta tras las cámaras en 1961 con *Accatone*, impactante relato social con reminiscencias del neorrealismo, pero con una crudeza inusual, a la vez que tierna y compasiva, acompañada de una dosis de verismo que dejaba atrás al candor del Neorrealismo.

En esta misma línea va su segundo largometraje, Mamá Roma (1962), de clara influencia freudiana, pero con una gran fuerza narrativa, que lo convierte en una de las grandes promesas del cine italiano de la época.

Si Marx y Freud son decisivas influencias en su obra, no lo es menos la figura de Jesús. Pues Pasolini, nacido en el seno de una familia católica, siempre mantuvo con la Iglesia una relación entre la tirantez y la admiración. Razón por la cual, en los cambiantes años 60, se produjo un intenso acercamiento con la Iglesia, mediante Lucio Caruso, un laico católico que había quedado impresionado por la raíz cristiana del filme Accatone.

Caruso fue enviado a contactar con Pasolini por el Padre Giovanni Rossi, fundador de la Pro Civitate Cristiana, entidad creada para el acercamiento con figuras ateas de la cultura. Para sorpresa de Pasolini, Caruso le propuso hacer una película sobre la figura de Jesús. Así nació el proyecto de El evangelio según San Mateo.

Pasolini, cuando participó en el filme por episodios Rogopac (1963), había ridiculizado en el suyo (La Ricotta) las pomposas representaciones que Hollywood hacía de Jesús. Por lo que, basándose en las representaciones parroquiales de la pascua cristiana, hizo una obra natural, austera y minimalista, con actores no profesionales que incluyó a su madre, Susanna, una devota católica, en el rol de María adulta. Dedicada por el propio realizador a la memoria del Papa Juan XXIII, por el que sentía una gran admiración, El evangelio... ganó el premio OCIC en el Festival de Venecia de 1964, y fue aclamada por la crítica, sobre todo por la presentación distinta que hacía de la vida de Jesús.

Sin embargo, cuatro años después, vuelve a la figura de Jesús, pero esta vez en forma polémica, con el filme Teorema. En el cual un extraño visitante, alegoría de Cristo, se instala en una familia burguesa y poco a poco les va sacando su hipocresía moral. Pero para esto utiliza en ocasiones el sexo, lo que provocó el escándalo, sobre todo por parte de católicos, pues el jurado OCIC le había otorgado otra vez su premio. Esto provocó una declaración de OCIC- Mundial, en la que se decía: “De ahora en adelante la composición de los jurados de OCIC, las atribuciones del presidente y los criterios de atribución del mismo se definirán sobre nuevas bases para evitar la repetición de incidentes como el de Teorema”.

Terminada su relación con la iglesia, prosigue su irregular carrera cinematográfica donde lo más destacable son tres películas que él tituló “trilogía de la vida”, donde readapta tres textos clásicos de la literatura universal, sin ninguna conexión entre ellos: El Decamerón, de 1971, Los Cuentos de Canterbury, de 1972 y Las mil y una noches, de 1974. Con ellas muestra su gran capacidad como artista, su inagotable imaginación y el ser considerado uno de los pocos auténticos poetas que ha tenido el cine.

En esta trilogía se concentran todas sus obsesiones temáticas y sus contradicciones éticas. En ellas encontramos desde el arte como reflejo de la belleza, hasta su fascinación por el cristianismo (resumidas ambas en la secuencia final de El Decamerón, donde él mismo interpreta al pintor Giotto, que, al pretender pintar a María, la imagina con el rostro de Silvana Mangano y exclama: “¿por qué hacer una obra de arte si es mejor imaginarla?”). Es posible encontrar también en su obra la sublimación del erotismo, la exaltación de la pederastia, la glorificación del proletariado, el envilecimiento, la belleza del amor, el regusto por el sadismo y por el humor cruel, así como la admiración por la mujer que misoginia...

Paralelo a esto se inmiscuye en el fuerte debate político que proliferaba en la nación por esos años, criticando el fascismo al que estaba abocado el país, así como la creciente homogenización (globalización).

En 1975, tras dirigir su sórdido y luego premonitorio testamento Saló, o los 120 días de Sodoma, es apuñalado en un descampado de Ostia, por Goiovanni Pelosi, un joven menor de edad con el que había, al parecer, convenido una cita sexual. (Las circunstancias de esta muerte todavía se mantienen en la nebulosa). Sin embargo, con esta temprana muerte comenzó a nacer el mito.

Pasolini, el mito

Sin dudas, haber sido cercenada su vida en plenitud de facultades contribuyó grandemente a que su figura alcanzara los contornos de la leyenda. Uno de las aristas muchas veces aludida, es que la cita con Pelossi –por cierto, cuando sus apologetas hablan de esto suelen omitir lo sexual y lo pederasta- tiene que haber sido una trampa política para salir de él, pues molestaba demasiado. Esta tesis, ciertamente posible dado el enrarecido clima político del país en aquel momento, algunos la quieren dar por sentado para colocarle sin más la aureola de martirio.

Otro borde acotado por la leyenda es que Pasolini fue perseguido por su homosexualidad. Puede que algo de esto hubiera sucedido, si nos situamos de nuevo en el contexto de la Italia de los años 60 y 70. Pero la mayoría de las acusaciones que tuvo Pasolini fue por pederastia, a causa de su incontrolable deseo sexual hacia los adolescentes. Incluso, al respecto, su amigo, el escritor Alberto Moravia, le considera “el mejor poeta italiano del siglo XX, pese a ser un perverso decadente”.

Es cierto que Pasolini era un hombre preocupado por el sin sentido de la vida marginal de muchos jóvenes de las afueras de Roma. Y a ellos, a los que llamaba *Ragazzi da Vita*, les dedicó no sólo muchas de sus novelas, ensayos y poesías, sino también les dio trabajo en varias de sus películas -tanto a hombres como a mujeres. Pero también con muchos de ellos, menores de edad, mantuvo relaciones sexuales, en las que solo Dios sabe si medió o no algún tipo de coacción o favoritismo, y por las que entonces confrontó en más de una ocasión problemas con la justicia.

En cuanto al gran mito de Pasolini como profeta político, lo fue en el sentido literal bíblico, denunciado muchas de las cosas que estaban mal en su país. Pero más que un politólogo sereno era un francotirador y hasta un provocador en ocasiones ingenuo. Pues entre sus principales preocupaciones políticas se encontraba la posibilidad de una vuelta al fascismo y ello no ocurrió. Más bien sucedió lo contrario, la democracia se consolidó –en los momentos que escribo estas líneas la izquierda ha vuelto al poder mediante las urnas- y aunque se mantiene la corrupción, no llega ni medianamente al nivel de los 70. Por otra parte, era un populista que creía que de los márgenes podía nacer una sociedad nueva, y de los países tercermundistas podía emerger un mundo mejor; y ya hemos vistos los problemas que tienen unos y otros cuando alcanzan el poder. Por otro lado están sus contradictorios juicios, tal vez propios de su ambivalente carácter, que lo mismo atacaban a la burguesía que parecía abogar por una Italia renacentista, atacaba a la Iglesia, pero condenaba al aborto y al divorcio. Se consideraba un defensor de las culturas marginales italianas, como el fruliano, una lengua muerta, que aprendió viviendo en Friul cuando escapó de los nazis, por lo que muchas veces decía que él era fruliano cuando en realidad nació en Bolonia. Todo esto habla por sí sólo de las contradicciones que se movían en el espíritu inquieto de Pasolini.

Otro gran mito es el de Pasolini como gran director. Pues su obra, aunque interesante, es de las más irregulares dentro de los grandes de la cinematografía italiana. Al lado de grandes películas ya citadas hay grandes fracasos como por ejemplo: *Pajaritos y Pajarracos* (1966) o *La pocilga* (1970), ambas disquisiciones políticas desfasadas y hasta aburridas.

Igualmente ocurre con su acercamiento a la mitología griega en clave freudiana en: *Edipo Rey* (1967) o *Medea* (1971), con una María Callas muda, tan perdida en su personaje como la propia película; ambas cintas son arcaicas y más bien piezas museables. Incluso *Teorema*, vista hoy en día, queda como una curiosidad, reflejo de sus convulsos tiempos, pero nunca una gran película.



Fotograma de la película :
El Evangelio según San Mateo

Algo similar sucede con *El evangelio...* Es comprensible la exultación que recibió este filme en su momento, por la novedad que representaba y por sus aciertos: ecléctica banda sonora de Luis Bacalov que incluye a Bach, Mozart y hasta una cantante de spirituals norteamericana, ciertos pasajes de gran poesía, lo fresco y natural de los actores y el uso novedoso de la subjetiva a través de los ojos de Juan para recrear la pasión. Pero la puesta es más teatro filmado que cine, sobre todo en lo concerniente al proceso, tortura y muerte de Jesús. Parece demasiado acartonado, las torturas a Jesús, parecen un –cruel- juego de niños, el camino al Gólgota parece un paseo, y la crucifixión tiene hasta un error de continuidad, pues cuando desnudan a Cristo aparece sin un golpe y luego magullado en la cruz. En fin, *El evangelio...* queda también como una preciosa antike.

Más sobrevalorada es *Salo o los 120 días de Sodoma* (1975). Sobredimensionada hasta la saciedad por algunos críticos que la consideran una obra maestra y hasta la han incluido en selecciones de filmes importantes de la historia del cine. Esta parábola sobre el fascismo, acerca de los excesos a los cuales puede llegar el poder absoluto, resulta de una insoportable sordidez y sadismo, tanta violencia y aberraciones graficadas no eran necesarias para mostrar la naturaleza diabólica de los totalitarismos, convirtiéndose en un nauseabundo catálogo de perversiones.

El legado de Pasolini como artista es indiscutible, pues contribuyó al cine, al pensamiento y a las artes. Su obra merece ser estudiada como un reflejo -a ratos distorsionado- de su complejo tiempo. Pero pretender idealizarlo es algo que ni él mismo hubiera querido. Ahora debe estar riéndose, con su humor sardónico, de quienes desean canonizarlo.